

De las afinidades entre humor, ironía, filosofía

Alfonso Galindo Hervás

A propósito de M. BALLESTER y E. UJALDÓN (eds.), *La sonrisa del sabio. Ensayos sobre humor y filosofía*, Biblioteca nueva, Madrid, 2010.

Casi al final de su célebre estudio sobre la ironía Kierkegaard advierte que «se requiere coraje para no dejarse fascinar por la pena [...]; se requiere coraje para mantener la alegría». La obra editada por Manuel Ballester y Enrique Ujaldón se mueve en ese laberinto de sentidos, sentires y pasiones cuyo polo central bien podría ser la alegría. Su título, *La sonrisa del sabio*, alude sutilmente a esa anhelada morada a la que tiende la sabiduría y desde la que mansamente se manifiesta.

La gravedad del asunto viene confirmada desde el principio: es de Nietzsche el aserto de que quien no sabe reír será arrebatado por el Maligno. Que el hogar de la sabiduría sea lugar de síntesis, siquiera entendida como tensa conjunción de imposibles, es algo tremendamente problemático para la mentalidad hodierna. Por eso, el enfoque fragmentario con el que es abordada la grave cuestión quizá sea el más adecuado.

El fragmento, la crisis del gran relato y su sustitución por la multitud de microrrelatos es el camino más transitado en esta postmodernidad en la que hace tiempo, al parecer, nos movemos. *La sonrisa del sabio* es, de hecho, una colección de ensayos de factura y enfoque heterogéneos: no hay en ellos intención sintética, no se busca el diálogo. Por el contrario, cada autor exhibe su propia perspectiva sobre este rico fenómeno. Y se discurre así desde la ironía hasta el absurdo, desde la sonrisa a la burla.

Con Pirandello, Manuel Ballester nos invita a asomarnos al cansancio de la modernidad, al desmenuzamiento del sentido del mundo y del puesto del hombre como precipitado del giro impulsado desde la astronomía y que, poco después del saludo entusiasta de Kant, es expresado con la fórmula «Maldito sea Copérnico». Y no es Ballester quien lanza la maldición: es Pirandello a través de su personaje doblemente moderno, ambiguamente sabio, al que la rica herencia de la modernidad se le ha escapado entre las manos como los granos de arena. Es Matías Pascal, el difunto, quien nos hace llegar su relato sin intención moralizante, sin gracia ya.

Carlos Conchillo dedica interesantes páginas a abordar el humor en la vida y en la obra de un autor que no esperaríamos encontrar en esta obra. Franz Kafka es, sin embargo, el punto de apoyo para una inteligente revisión de lo que supone el humor.

Jardiel Poncela es el único autor español del que se trata en este volumen. Enrique Gallud muestra que es un gran conocedor de su obra y expone que si bien la meta de Jardiel fue siempre la dignificación del humor, el camino por el que transita estuvo jalonado de enormes logros con procedimientos originales en novela, con innovaciones en la escena teatral. Acumulando, adaptando, innovando, creando y experimentando en todos los ámbitos artísticos con valentía y éxito.

Kierkegaard, tan ignorado, tan enigmáticamente fecundo, es abordado por dos autores: José Luis Villacañas y Rafael Herrera. Ambos no hacen sino exhibir la fertilidad del pensador danés remitiendo al lector a una fuente tan prolífica como inquietante. La articulación de los célebres estadios desde la óptica del humor y la ironía, así como el juego de espejos en el que el actor-escritor se refleja en el público-lector dejando en la ambigüedad, quizá voluntariamente, si es mero reflejo o, por el contrario, si el público constituye su proyección (según el imperativo del apotegma *Le miroir devrait réfléchir avant de réfléchir*), no puede sino dejarnos en la duda entre «lo uno o lo otro».

El influjo de Kierkegaard llega hasta Auden, de quien se ocupa Gabriel Insausti mostrando el itinerario que recorre el poeta desde lo político a lo ético, constituyendo este último un ambiente de densa espiritualidad que empapa su *Carta de Año Nuevo*, donde da cuenta de aspectos y actitudes de la modernidad que interpelan al autor.

El acercamiento directo, humorístico por tanto, al humor es ensayado en un divertido relato realizado por José Luis Tasset. La historia humorística de la filosofía recalca en personajes e ideas que provocan en nosotros perplejidad, ruptura de la racionalidad en modo diverso, ya que no otra cosa parece estar en el origen del fenómeno cómico. Así, Tasset destaca de entre la materia proporcionada por «algo tan fúnebre, a veces, como la historia de la filosofía» una serie de «ideas, situaciones y personajes que mueven primero a la sonrisa, después a la risa y en algunos casos a la carcajada pura y dura».

Cuando Enrique Ujaldón pretende hilvanar lo humorístico en torno a la ciudad, escoge dos polos de atención: el cinismo antiguo y Richard Rorty, «dos ejemplos conscientemente diferentes y alejados en el tiempo, pero que comparten el uso de la ironía como forma de hacer filosofía y que se enfrentan al problema de cómo incardinar la vida filosófica en su ciudad».

El peso de Kierkegaard es muy grande. Tanto que no cabe sino ceder a la tentación de acudir a los dioses, nuestros impolíticos contemporáneos, para implorarles la alegre gracia de tener a la risa siempre de nuestra parte.